

ESPADAS DE PARÍS



Por Eugenio Fraile y Miguel Ángel Garrido

Portada y Contraportada: Joan Arocas

I

**Ilustraciones Interiores: Francisco Nájera y Marvel Comics Group
(Archivo “Weird-Tales de Lhork”)**

Basado en los personajes creados por Robert E.Howard y Alejandro Dumas

Introducción al Relato



Cuando Miguel Ángel Garrido me envió su primera versión original de “Las Espadas de París” comprendí rápidamente que el hecho de enfrentar a un personaje hosco, duro y en cierta medida, marcado por el destino, siempre en pos de un afán de justicia divina entre los hombres como es Solomon Kane y unos oponentes tan afamados e idealizados en la literatura como son los cuatro mosqueteros del Rey de Francia ideados por Alejandro Dumas ,era una idea de lo más brillante, novedosa y atractiva de cara a los lectores del género de aventuras.

Tras corregir algunas lagunas argumentales y encajar en el entorno histórico personajes tan dispares entre sí en cuanto a caracteres, situaciones y fechas, lo que en un principio sólo era una revisión, como editor, de cara a una posible publicación en nuestra revista, se convirtió en un arduo y gustoso desafío para mí otra parte de escritor. Así que, casi sin darme cuenta, me vi atrapado por la trama y me deje llevar por el entusiasmo hasta rescribir la versión que ahora publicamos en este número de “Weird-Tales de Lhork”, sin desmerecer en absoluto lo aportado por Miguel A. Garrido.

Para que el lector tenga una ubicación histórica lógica de los personajes en el tiempo ha de saber que:

1-Los acontecimientos narrados por Alejandro Dumas en su obra, “Los Tres Mosqueteros”, finalizan en el año 1628.

2-El presente relato, “Espadas de París”, se sitúa un año después, en 1629.

3- Luis XIII, (1601-1643), Rey de Francia, tiene por aquel entonces 28 años.

4-Armand-Jean du Plessis, Cardenal de Richelieu, (1585-1642), Primer Ministro de Francia y verdadero poder en la sombra, tiene 38 años.

5- Athos y Phortos tienen 29 años, Aramis 23 y Artagnan 22 años.

6-Solomon Kane “nació” en Devonshire, en la quebrada costa oeste de Inglaterra, en el año 1530, bajo el reinado de la reina Isabel I. Fue instruido en la ortodoxia puritana y por ello tuvo que exiliarse de su país. Ateniéndonos a su año de “nacimiento” otorgado por Howard, Kane tendría ¡99 años! en los hechos ocurridos en “Espadas de París”, lo cual le incapacitaría como esforzado vengador justiciero. Aquí, como escritor, me he permitido utilizar la llamada “*licencia poética*” y los múltiples recursos que ofrece la literatura de aventuras y más concretamente el género de Espada y Brujería, para trasladar a Solomon Kane desde su presente hasta el futuro de los mosqueteros, tras la aventura narrada en el relato de Howard, “Las Colinas de los Muertos” y antes de que tenga lugar “Hawk de Basti”. En “Las Colinas de los Muertos”, Solomon Kane recibe del viejo hechicero africano, N’Longa, el bastón *ju-ju* de madera negra con cabeza de gato, de incalculable antigüedad y que se supone utilizó el rey judío Salomón para expulsar a los demonios que poblaban el mundo.

Ya que en “Espadas de París” Kane porta el mítico bastón fetiche, es lógico suponer que la acción de este relato ocurre inmediatamente después de “Las Colinas de los Muertos”. Según el artículo de Fred Blosser, que puede leerse de nuevo en el n°25 de la revista “*Weird-Tales de Lhork*”, dedicado al género de Capa y Espada y titulado “*La Senda de Solomon Kane*”, la historia contada en “Las Colinas de los Muertos” ocurriría, aproximadamente entre los años 1591 y 1592, tras escapar de un cautiverio a manos de españoles y portugueses, después de una gran batalla naval cerca de las islas Azores. Kane tendría unos 61 años y aunque es una edad en la que el puritano aún podría morder como un viejo lobo, sería demasiado anciano para batirse contra varios espadachines duchos en su oficio y con fuerzas de sobra como eran los mosqueteros franceses. El lector habrá adivinado ya que el renombrado bastón africano tendrá mucho que ver en el “rejuvenecimiento” de Solomon Kane en esta aventura.

Por lo demás, ya sólo queda que el lector disfrute con esta versión tan particular de las aventuras de unos personajes tan carismáticos.

Prefacio

En el año 1629, acabadas las guerras religiosas entre los herejes hugonotes y los católicos que habían asolado Francia durante más de seis décadas, este constituía un reino que trataba de recuperar su hegemonía a la cabeza de una Europa en constante cambio. Se trataba de un gran país en pleno desarrollo que centraba toda su fuerza y poderío en la capital París. Allí gobernaba el rey Luis XIII y junto a él, se encontraba el que para muchos hombres era el verdadero poder más influyente en la corte. Ese hombre era el Cardenal Richelieu. En aquellos años se hallaba a flor de piel un conflicto que había perdurado durante largo tiempo en el reino y que trataba sobre cual era el cuerpo de caballeros más apto para constituir la guardia personal del rey. A un lado, se encontraban los Mosqueteros, capitaneados por su capitán, el caballero de Treville, y enfrentados a estos estaban los hombres de la Guardia Personal del Cardenal Richelieu, quienes no dudaban en provocar y desafiar a duelo en repetidas ocasiones a los Mosqueteros haciéndoles caer de esta forma en las trampas preparadas por el Cardenal para desacreditar a estos caballeros ante los ojos del Rey.

Finalmente, la responsabilidad de velar por la seguridad de Luis XIII recayó sobre los hombros de los Mosqueteros, provocando así un odio ciego en el Cardenal hacia los hombres capitaneados por de Treville.

Entre la pequeña tropa de Mosqueteros del Rey destacaban por su valor y fama tres caballeros que acudían siempre juntos al combate a pesar de las muchas diferencias evidentes entre el carácter y la personalidad de cada uno de ellos. Se trataba de Aramis, antaño hombre de iglesia y letras reconvertido en caballero del Rey; Porthos, espadachín orgulloso y burlador de mujeres casadas, mucho más hábil con las palabras que con el uso del acero, aún reconociendo su habilidad como esgrimista; y Athos, seguramente el más valeroso combatiente de los tres, fraguado su hosco carácter en un pasado oscuro en el que se creía que pudo estar emparentado con la nobleza dada su elegancia y demás cualidades innatas en su persona.

Por aquel entonces llegó a París un joven procedente de las tierras de campiña de la región de Gascuña. Se trataba de un mozalbete con la cabeza repleta de ambiciones y que aspiraba a convertirse en uno más dentro del cuerpo de Mosqueteros del Rey. Su nombre era Artagnan. Su llegada a París coincidió con el despertar de una serie de intrigas en la corte real que relacionaban a la Reina Ana con cierto miembro de la nobleza británica, y fue también entonces cuando surgió en escena la figura de una enigmática dama, Anna de Breuil, más conocida como Milady de Winter. Esta mujer se convertiría en una auténtica diablesa burlando el corazón de multitud de hombres sólo para obtener su cometido en la misión que desde la sombra el Cardenal Richelieu le había encargado, y que no era otra que el descubrir la verdad sobre la supuesta infidelidad de la reina de Francia a espaldas de su marido el rey. Gracias a la intervención de los Mosqueteros, tal plan del Cardenal no pudo llevarse a cabo y esto desembocó en una particular venganza llevada a cabo por Milady para acabar con Artagnan y los tres más famosos Mosqueteros de Treville, con los cuales el joven gascón había entablado una gran amistad. Al final acabaría descubriéndose la relación de Anna de Breuil con el oscuro pasado de Athos, y después de que la malévola mujer asesinara de forma traicionera, a la amante de Artagnan, Madame Bonacieux, los Mosqueteros determinaron acabar con la vida de Milady haciendo así justicia a todos los hombres a los que durante su vida había conseguido engañar y mujeres a las que asesinó la malévola Anna de Breuil.

Una valerosa intervención de Artagnan en toda la trama por descubrir las aventuras vividas entre la rey Ana y Jorge de Villiers, Duque de Buckingham, acabaría con el nombramiento de Artagnan como teniente de los Mosqueteros, nombramiento aparentemente impulsado por Richelieu, y la consecuente inocencia fuera de toda sospecha de la mano del Cardenal en toda las intrigas despertadas alrededor del palacio real del Louvre en los últimos tiempos. Todo esto había acontecido un año atrás.

1. El Hombre Embozado y el Extraño Viajero



El frío de un desapacible otoño envolvía la capital de Francia cuando, traspasando la Puerta de San Dionisio en la cual acababa o comenzaba, según se fuera o viniera, la carretera proveniente de la ciudad portuaria de Calais, rindió viaje un inquietante jinete de mirada sombría y oscuros ojos de fuego. Era este un hombre de alta estatura, de gran fortaleza y bajo el ajado y negro sombrero de copa baja y ancha ala, los endurecidos rasgos de su rostro se marcaban de forma saturnina.

Las calles de París, durante el reinado del joven Luis XIII, reunían un variado cúmulo de gentes de muy distinta clase en los puestos y tenderetes de los mercadillos populares, atestados de curiosos viandantes y vocingleros comerciantes. Allí se mezclaban por igual, los orgullosos hombres de uniforme y casaca, los bribones mal encarados de espada fácil y más fácil traición aún, los opulentos burgueses y perfumadas mujeres engalanadas, y en contraposición, gentes ataviadas de modo humilde con cansada mirada y manos atadas al duro trabajo en el campo y oficios miserables. Sin duda, para un viajero como aquel, acostumbrado a una naturaleza salvaje y a una vida espartana entregada a lograr la justicia entre los hombres, lo que veía suponía un espectáculo que desaprobaba en lo más profundo de su austera alma, educada en la más estricta creencia puritana. Las gentes, impresionadas por la felina serenidad que emanaba del cuerpo de aquel extranjero, clavaban con curiosidad no exenta de cierto temor, sus ojos en la figura del extraño hombre de oscura mirada, larga espada enfundada en un tahalí de cuero y pistolas remetidas entre el ancho cinturón de gruesa hebilla metálica que rodeaba su estrecha cintura. Con un trotecillo lento y acompasado sobre el desgastado y sucio empedrado callejero dirigió a su montura, un bayo corcel de fuerte estampa, hacia calles menos concurridas.

El enigmático bastón rematado en una cabeza de gato que el viajero portaba sujeto también al costado, así como sus ropas sencillas y oscuras, no dejaba de conferir a su conjunto un cierto aire de exotismo fuera de lugar, ajeno al ambiente claramente provinciano que imperaba en aquellos barrios del París profundo. Sin duda, el desconocido personaje distaba mucho de pasar inadvertido dado su particular aspecto y lobuno porte abriéndose camino entre la multitud congregada en las calles de la ciudad.

Para Solomon Kane, París suponía sin duda el principio y fin de todas sus inquietudes convertidas en punzante razón de ser durante las últimas jornadas vividas en tierras francesas. No era el mero placer ni la búsqueda de calor humano lo que le había llevado hasta aquel barrio de las afueras de París, sino una extraña llamada hecha a su persona por medio de un mensaje que se convertía en el auténtico móvil de su perdido transitar por las calles de una ciudad maravillosamente noble y repugnantemente pordiosera en cada una de sus esquinas.

La posada “*Le Petit Homme*”(1) era el lugar al que Kane dirigía sus pasos, local con fama de discreto y donde nadie se interesaba por los asuntos de los demás y que conformaba un punto de reunión y acogida para bribones y prostitutas, aventureros y negociantes poco dados a cumplir con las leyes del rey, que encontraban en las conversaciones huecas y los vasos llenos de buen vino francés la respuesta para tanta vida marginal que en aquellos oscuros muros se daba cita. Tras dejar amarrado al caballo en uno de los postes anillados del patio exterior, el puritano empujó la puerta de grandes remaches metálicos incrustados en la gruesa madera que daba entrada a la fonda. La única sala principal, de alto techo de vigas de roble ennegrecidas por el humo de los asados y las velas, se hallaba poco concurrida en esos momentos. Al fondo de la misma, en un apartado rincón, una delgada figura embozada y silenciosa hizo un movimiento evidente con la mano ante la entrada del inglés por la puerta de la posada. Kane asintió con un gesto apenas perceptible de su cabeza respondiendo a la llamada, evitando a los escasos parroquianos y encaminó con una rapidez atípica para alguien de su tamaño sus pasos hacia aquel que ocultaba su rostro, tras una oscura capa de terciopelo rematada por una discreta capucha.

-Tened la bondad de sentaos-susurró como bienvenida el desconocido interlocutor en un francés suave y cultivado, señalando con una pequeña mano cubierta con un fino guante de piel, el taburete vacío que ante él se hallaba- ¿Habláis mi idioma, *monsieur*? (2)

- Mi nombre es Solomon Kane, como vos bien debéis saber, ya que si estoy aquí es debido a vuestro urgente requerimiento-contestó el espadachín en un francés de acento aceptable, aunque de entonación profunda, mientras se sentaba con una elasticidad innata sin perder de vista el entorno que le rodeaba y escudriñaba fijamente al hombre que tenía frente a él-Y como podéis comprobar, os entiendo perfectamente.

En otra época, que no sé como interpretar respecto al momento actual, aprendí vuestro idioma como capitán de fortuna interviniendo en las muchas guerras religiosas que devastaron este país, incluso mandé una compañía en una importante batalla, para después licenciarme hastiado, enfermo por los muchos actos malignos que se cometieron bajo el manto de la causa (3), aunque no os sé decir cuando ocurrieron tales hechos, ya que mi mente se halla confusa respecto a mi presencia en esta ciudad, a la que reconozco como el París que visité una vez, aunque la encuentro diferente de lo que yo recordaba.-

-Bien cierto, *monsieur*, París y Francia han cambiado y en cuanto a las luchas que recordáis, estas ya acabaron-asintió su misterioso interlocutor, dejando entrever únicamente el perfil afilado de su rostro y unos ojos inquisitivos-Y es debido a vuestra audaz participación en ellas, años atrás, por lo que tuve conocimiento de vos y vuestras hazañas consignadas en ciertos documentos que no viene a colación comentar ahora.

Dispuse todo lo necesario para que, a través de un servidor que envié a Calais, facilitaros el viaje hasta París, y poder celebrar esta entrevista en este, digámoslo así, encantador retiro -concluyó con una untuosa risa que al puritano le recordó el suave sisear de una serpiente.

- Más hay algo que nubla mi mente y mis pensamientos- continuó Kane, como si hablara consigo mismo- Recuerdo un sangriento combate naval con los españoles y portugueses cerca de las Azores que duró todo un día, mientras me batía espalda con espalda con Sir Richard Grenville y la sangre nos anegaba hasta el codo. Un golpe, oscuridad y luego, negras mazmorras. Tiempo después pude escapar y conseguí llegar a la costa de Africa y... ¡Dios Bendito, allí di muerte a la reina de una ciudad de negros vampiros!-(4) remachó con voz cortante el espadachín, mientras su mano se cerraba instintivamente, como un cepo de hierro, sobre el bastón sujeto a su costado.

Aquellos aparentes desvaríos no parecieron inquietar en absoluto al hombre sentado frente a él. Al contrario, parecieron estimular su curiosidad mientras señalaba el bastón de Kane.

-¿Y cual es el origen del extraño objeto que portáis con tanta veneración?- preguntó el embozado - Mis informes sobre vos hablan de que sois un hombre de gran fe y el veros con tal adminículo idólatra me desconcierta, *monsieur* Kane.-



-¡Por el Altísimo, jamás renegaré del nombre de Dios, aunque me enfrentara a todos los demonios del infierno!- masculló en tono bajo y airado el puritano- A lo largo de mi azarosa vida me han ocurrido las cosas más extrañas y me he enfrentado a hombres y engendros de naturaleza diabólica.¡ Y una de las más extrañas fue el aceptar este objeto de magia de las manos de un brujo africano al cual, sin embargo, confiaría mi vida sin dudar!Bien es cierto también que esto que os cuento ocurrió en mi memoria hace muchos años y sin embargo, mi cuerpo y mis fuerzas son las de un hombre en la cúspide de su poderío, aunque mis recuerdos de cómo llegué hasta las costas francesas son nebulosos. A mi mente vienen imágenes cambiantes de sendas tortuosas entre profundas junglas y el resonar de tambores batidos por manos negras en perdidas ciudades mientras me dirigía hacia la costa del continente en busca de algún barco que me devolviera al hogar, pues mi alma se hallaba hastiada de peligros y muerte(5) En mi caminar, sentí una gran debilidad y me recosté contra el tronco de un árbol para descansar...¡ y por Dios que no estoy loco si os digo que

desperté en los muelles de Calais y que tengo la certeza de que en este misterioso y antinatural suceso tienen mucho que ver las desconocidas fuerzas que rodean el origen de mi báculo africano ! -
- Extraño es en verdad lo que contáis, aunque quizás yo pueda aportar algo de luz respecto a ese detalle- intervino el embozado

-¿Vos? ¿Qué sabéis de mí? ¡Hablad! - demandó perentoriamente el inglés.

-En ello estoy, mi impaciente amigo. Supe, por medio de mis contactos y hombres situados por todo el reino, que en los muelles de Calais, un extranjero desconocido que atendía al nombre de Solomon Kane, se había batido y dado muerte a tres guardias de su Eminencia, el Cardenal Richelieu, y que sólo cuando se vio rodeado por más de una docena consiguieron reducirle y apresarle, encerrándole en los calabozos de la Prefectura del puerto. Llamó mi atención el hecho de que el prisionero se llamara igual que el hombre que aparecía en los documentos que yo tenía en mi poder y que había luchado con anterioridad por la causa de los hugonotes contra los católicos franceses.-

-Aquellos hombres se lanzaron sobre mí como perros al saber que yo era inglés, sin mediar palabra o provocación alguna por mi parte. Mi única intención era embarcarme en algún navío que partiera hacia Portsmouth.-arguyó con furia contenida en la voz Solomon Kane- ¡Incluso, el necio prefecto del puerto llegó

a tacharme de espía del rey de Inglaterra, Carlos I, de quien nunca oí hablar, ya que yo pensaba que aún seguía en el trono la reina Isabel!-

-No ha de extrañaros tal acusación, ya que aún están muy recientes los hechos que involucraron al rey de Inglaterra y al Duque de Buckingham, felizmente muerto a manos de un oficial inglés de vuestras mismas creencias, si me permitís el comentario,(6) y la ayuda que prestó a los hugonotes de La Rochela, precediendo el ataque inglés contra Francia.- (7) contestó con un leve toque airado en la voz, que no dejó de notar Kane.

-Nada sé respecto a los hechos que me comentáis, y aún menos del hombre que según decís, aparece en vuestros documentos con mi mismo nombre, ya que he estado fuera de mi país y de otras naciones civilizadas durante un tiempo que desconozco, y aunque he luchado por mis creencias puritanas con la espada y la pólvora contra la intransigencia promovida por los papistas desde Roma, e incluso contra alguno de mis compatriotas, nunca he juzgado a los demás por las suyas-continuó el puritano con un brillo ardiente en sus ojos- y sólo espero que me aclaréis por que me habéis hecho venir hasta aquí, ya que el mensaje que me entregó en mano vuestro servidor, tras conseguir mi liberación de los calabozos del puerto, indicaba que se me requería para una misión de justicia divina, la cual estaba obligado aceptar por mi honor de caballero y fe cristiana. ¡Y por Dios, que yo no he de dejar de acudir a una llamada amparada en el nombre de Nuestro Señor!-

Después de un brusco silencio que dejaba al descubierto la algarabía y la babel de sonidos que en aquella posada se iban dando cita, el misterioso embozado que hasta aquel entonces se había limitado a lanzar breves palabras de asentimiento al discurso de Solomon Kane, retomó vivamente la conversación con pocas muestras de entusiasmo por todo lo escuchado en boca del inglés.

- Mi noble señor, he de maravillarme ante personalidad tan obstinada y a la vez llena de sabiduría en sus palabras como es la vuestra. Ahora os haré partícipe de la necesidad de vuestra fuerza y espada vengadora. Habéis de saber que, dispuesto a vengar el alma de una joven muy querida para mí y cruelmente asesinada no hace mucho tiempo por oponerse a las intrigas que están instaladas en la corte amparadas por el mismo rey, he empeñado toda mi fortuna y vida en conseguir la justicia que las leyes de los hombres niegan, y aunque de creencias religiosas enfrentadas, ambos somos hombres de fe. En vuestras palabras he hallado un espíritu afín al mío, más yo carezco del valor y la audacia necesaria para hacer purgar a sus asesinos su pecado. Por el contrario, vos estáis repleto de toda la fuerza que le falta a mi brazo, y de la destreza y la bondad en sus razonamientos que sin duda mi alma comparte y aprueba. Amigo mío, yo os ayudaré a saldar con victoria vuestro cometido y juntos conseguiremos acabar con la vida de aquellos que no dudaron en terminar con la de tan bella criatura como sin duda fue Ana de Breuil, Milady de Winter. Hasta su Eminencia, el Cardenal, vería con buenos ojos esta justicia terrenal, ya que habéis de saber que la joven dama había sido su protegida en la corte, protección que, desgraciadamente, sólo le atrajo el odio de los enemigos de su Eminencia, que vieron en su asesinato una forma de herir al Cardenal. Su Eminencia, como hombre de Dios, tiene negada la venganza por medio de la violencia y es por ello que yo, como servidor muy cercano a él he hecho mía su pena y reparación.-



-Aunque estoy de acuerdo con vos en el hecho de que tan execrable crimen no ha de quedar sin castigo,- reflexionó Solomon- no deja de sorprenderme que una persona como vos, al parecer de notable influencia como queda demostrado por la rapidez de mi liberación y vuestra posición cercana al Cardenal, no disponga mediante el oro o la obediencia, de espadas dispuestas a defender vuestra causa.-

- ¡Bien decís!- aseveró el otro hombre- Pero los asesinos de Milady son poderosos y están protegidos por la sombra del trono y si yo utilizara mis, digámoslo así, recursos en la corte, no tardaría mucho tiempo en ser alojado en alguna húmeda mazmorra de La Bastilla o peor aún, sentir como mi cabeza rueda bajo el hacha del verdugo. No, hemos de ser cautos y por ello os necesito a vos, un extranjero a quien nadie conoce y no pueda ser relacionado conmigo. Como veis, soy todo lo sincero que las circunstancias me lo permiten. ¿Aceptaréis ser vos, por lo tanto, el brazo de la justicia?-

Durante un breve instante, las facciones del puritano permanecieron inescrutables para seguidamente asentir levemente.

El misterioso conversador emitió un apagado suspiro que tenía mucho de alivio y sacando del interior de su capa un papel con letras escritas en su dorso, se lo entregó a Kane despidiéndose con un gesto de afectada reverencia y marchó por la puerta de la posada sin mediar más palabras ni dejar otra constancia

de su paso por aquel local del París profundo. Solomon leyó las palabras escritas en el papel entregado por el hombre embozado, en el que figuraban cuatro nombres, sin duda los de aquellos que no dudaron en aprovechar su mayor número y violencia para acabar con la vida de la pobre Milady, y los lugares donde podrían ser encontrados. Los nombres de los asesinos de la noble dama eran Porthos, Aramis, Athos y Artagnan.

Una nota a pie de página explicaba la situación de privilegiados mosqueteros del rey Luis XIII de la que gozaban los cuatro acusados, continuos provocadores, según el escrito, de las desiguales refriegas aventuradas entre el cuerpo de los mosqueteros del Palacio Real y la guardia de su Eminencia el Cardenal Richelieu. Tratándose de un mensajero de la palabra de Dios, Kane no dudó en poner su brazo a disposición del bando de su Eminencia, de quien había escuchado no pocos elogios y muestras de cariño durante el trayecto a París; en contraposición a la dudosa honorabilidad de su majestad la reina Ana, de quien se decía había mantenido una sospechosa amistad con cierto duque, ya fallecido, de la corte inglesa, a espaldas de su burlado marido, el rey de Francia. Aunque inglés de nacimiento, Solomon Kane repudiaba en su fuero interno las acciones innobles de aquel duque y la ligereza de la regia dama.

Si un noble inglés había sido el causante indirecto de la muerte de una inocente joven, siendo este a su vez asesinado por otro de sus compatriotas, se dijo a sí mismo el puritano, otro inglés sería el encargado de dar paz al alma de Ana de Breuil (7)

2. Dos Espadas en la Noche.



La noche parisina recibía con descansada hermosura a todos sus hijos entregados al encanto de las tenues luces de bohemia con andares noctámbulos y sigilosos en el silencio de las calles desérticas; tan solo habitadas por mujeres de llamativos vestidos y entristecidas miradas, y hombres enjutos de dudosa honorabilidad bajo las capas de caballero. Uno de estos hombres que daba vida con su caminar a la noche parisina era el caballero Porthos, orgulloso mosquetero del rey, de altanera figura y que en aquel momento regresaba a casa después de una apasionada jornada de romance y huecas palabras de amor ante la deshecha mirada de la adinerada dama de turno. De esta manera, con los bolsillos repletos del secreto favor de sus amantes y la mirada perdida en insospechados pensamientos de burlador de honras y fortunas familiares, Porthos encaminaba sus pasos en dirección a su, situada en las cercanías del paso del Sena por París, atusándose un cuidado bigote. Fiel a su costumbre, vestía un traje llamativo compuesto de una casaca de uniforme de color azul celeste, sobre la cual ostentaba una magnífica bandolera bordada de oro. Una larga capa de terciopelo carmesí caía sobre sus anchos hombros, descubriendo solamente por delante un dorado enganche del que pendía en un tahalí de pulido cuero una espada de grandes dimensiones. Y fue precisamente sobre el puente que cruzaba en uno de sus tramos el recorrido del renombrado río francés, donde una figura de oscuros ropajes y de inquietante mirada mezcló sus pasos con los de Porthos, deteniendo el caminar de este con un imperioso gesto de su mano izquierda. El mosquetero, escarmentado en decenas de lances nocturnos con maridos y hermanos burlados, no dudó en desenvainar su espada y

apuntar con cierto aire de bravuconería el pecho de su misterioso atacante, el cual, no menos avezado que el soldado del rey en aquellas cuestiones, se movió silencioso y rápido como el rayo, empuñando el arma que portaba al cinto con intención de cruzar el acero, sorprendido por lo inesperado de aquel ataque del mosquetero del rey. Así comenzó el combate entre los dos espadachines, a cual de ellos más certeros en sus terribles envites y reveses con la espada, aunque bien es cierto que era Porthos quien, con mayor soltura en la lengua, se prodigaba a la hora de lanzar amenazas.

-¡Pardiéz caballero, ignoro el porqué de vuestro ataque, pero ya que deseáis verter sangre sobre el Sena en esta tranquila noche, permitidme que sea yo quien os conceda los honores de entregar el rojo de vuestro cuerpo a las oscuras aguas del río!-

Kane permanecía callado, completamente concentrado en la lucha que mantenía con aquel espadachín mucho más hábil con las palabras que no con la espada; aunque nadie dijo que vencer a un mosquetero de Luis XIII, aunque se tratara del más bravucón de todos ellos, fuera una tarea fácil.

-¡Maldita sea! ¡Hablad de una vez, antes de que me decida a arrancaros una a una las palabras con la punta de mi espada de vuestra garganta!-gruñó Porthos fintando una estocada larga para retroceder con apuros ante el firme bloqueo y la veloz contra de su oponente, que a punto estuvo de ensartarle el pecho.

El inglés tan solo dejaba escuchar leves sonidos de su respiración, agitada por el esfuerzo físico y toda la tensión vertida en aquel duro combate de poder contra poder, acompañado por los sonidos de las aguas del Sena y el entrecocar metálico de los aceros. El mosquetero, en un arranque furioso, se lanzó impetuoso con una estocada mortal de necesidad, pero donde esperaba encontrar el pecho de su escurridizo adversario, sólo encontró el vacío, puesto que con un hábil e imprevisto giro de su muñeca, Solomon consiguió desarmar al bravucón mosquetero mientras este caía irremisiblemente, víctima de un golpe del duro puño del inglés, hacia las aguas, agitadas por el viento, del río. En un último esfuerzo por aferrarse a la vida, Porthos consiguió agarrarse con su mano derecha al pétreo pretil del puente, en el que tan dura derrota le había sido asestada a su orgullo. Kane hizo intento de sujetar la engarfiada mano del mosquetero, pero este, en un desesperado movimiento por izarse hasta el borde terminó cayendo definitivamente al Sena para no volverse a alzar sobre las sombrías aguas.

Sin duda, Solomon Kane había logrado llevar a buen puerto la primera parte de su venganza particular para con los asesinos de Milady de Winter, la cual podría comenzar a descansar tranquila al conocer la existencia de aquel inquietante inglés empeñado en una desinteresada lucha por acabar con quienes no dudaron en terminar con la vida de tan recordada joven.

3. La Espada y la Pluma.



En la tranquilidad de su silencioso estudio, retomaba el mosquetero real Aramis la escritura de los versos que en la noche pasada había dejado de lado momentáneamente, dada la fatiga del sueño sobre sus dedos e intelecto, apartados hasta la llegada de la jornada siguiente. Con todo ello, y coincidiendo con los primeros rayos de sol abriendo pequeños surcos de luz a través de su ventana, el recién despertado caballero volvía a entregarse con soltura a los austeros placeres del alma solitaria; personificados en las copiosas lecturas de los clásicos y la construcción de églogas y canciones que parecían desprender momentáneamente la mente de Aramis del cuerpo que la vestía. En mitad de aquel silencio en el cual la inspiración poética mezclaba sus finas alas de sensualidad con los sueños de caballerías y la quimera de amores jamás consumados, un sonido de pasos a través del pasillo que conducía hasta el estudio de Aramis, hizo levantar de su entregado trabajo poético la mirada del joven caballero y poner en atención a sus sentidos en la búsqueda del origen de aquel caminar inesperado en el silencio general de la

casa.

Finalmente, los pasos en el pasillo acabaron su golpear sobre el suelo de madera; prorrogando su misteriosa presencia en el sonido de unos puños sobre la carcomida superficie de la puerta, la cual separaba la habitación de Aramis del resto de habitaciones de la casa de huéspedes en la que el mosquetero permanecía oculto del mundanal ruido en sus cuatro paredes de austeridad inflamadas. El golpear sobre la puerta despertó definitivamente a Aramis de la fantasía onírica en que parecía estar sumergido hasta ese momento, tomando ante la insistente violencia de la llamada tras el pasillo y lo inesperado de aquella visita su bien templada espada en una mano mientras el dedo índice de la otra resbalaba por su labio superior con un leve movimiento instintivo acariciando el fino bigote de su labio superior. No sin reparos e incertidumbre por su parte, abrió la puerta que había de desvelar la identidad de aquel que tan repentinamente llamaba a su habitación.

Apenas hubo abierto la puerta de la cámara, cuando un bulto surgido de la oscuridad exterior del pasillo le cayó encima, inmovilizando durante unos segundos su desprotegido cuerpo y lanzando por los aires su espada de elegante caballero de la corte francesa. Como consecuencia de aquel duro golpe, una brecha comenzó a sangrar dolorosamente, en la frente de Aramis, impidiéndole por momentos la visión de su misterioso atacante. Este descubrió su rostro en medio de la constante pugna que mantenía con Aramis por tomar el control de la situación con la fuerza de sus puños y fuertes brazos. Solomon Kane, pues de él se trataba, imponía sin demasiados problemas su mayor tamaño y habilidad sobre aquel joven caballero totalmente inexperto en aquel tipo de lucha, que Kane había aprendido en multitud de combates sobre sangrientas cubiertas haciendo que sus músculos fueran duros como cadenas de hierro. De esta manera, con los dos envueltos en su propio sudor y sangre vertida con la lucha, ambos combatientes comenzaron a hacer rodar sus cuerpos por todo lo largo de la cámara en busca del uno de la rendición del otro.

Kane no se mostraba compasivo ante aquel joven caballero con rasgos cándidos y dulces en su rostro de ardientes ojos negros, aunque en ningún momento Aramis se dejó amedrentar por la superioridad física y fiera combativa que mostraba su contrincante. Al fin, un golpe de la cabeza del mosquetero contra uno de

los salientes de la pared de la habitación hizo que este sucumbiera ante las violentas acometidas dispensadas por Kane, el cual no dudó en considerar acabado a su oponente al contemplarlo totalmente rígido sobre el suelo de la cámara, estirado en medio de un charco de sangre que manaba de su cráneo.

El segundo de los objetivos en la venganza personal llevada a cabo por el inglés había expirado igual que lo había hecho el primero, rodeado por una incombustible violencia que el puritano intentaba justificar a sí mismo por su lucha en pro de los justos y desvalidos. Aunque en este segundo acecho contra los asesinos de Milady, y tras haber contemplado con resignación y melancolía la juventud del hombre que en aras de la venganza acababa de matar, Solomon no podía por menos que luchar contra sus propios prejuicios y reticencias para continuar con aquel asunto; apretó los dientes en un intento de proseguir, con no pocas dudas, sobre la nobleza de aquella misión que el destino le había fijado.

4. La Melancolía de Athos y la Conciencia de Kane.

Fue en la tarde siguiente a aquellos hechos transcurridos cuando el tercero de los mosqueteros más populares del cuerpo de guardias de su majestad, Athos, supo de la incierta desaparición de sus amigos Porthos y Aramis de las calles de París sin haber dejado rastro o señal alguna antes de partir en dirección a su incierto destino. Por un momento, la trágica convicción de que ambos pudieran encontrarse en peligro de muerte en aquel instante o algo mucho peor rozó la siempre inexpresiva mirada del silencioso caballero, el cual no pudo evitar reflejar la preocupación y el desánimo en sus grandes ojos llenos de melancolía.

Caminando por los límites del empedrado parisino, con el andar apesadumbrado y sus pensamientos vagando por las indefinibles sendas de su enigmática imaginación, Athos detuvo sus pasos sorprendido por el lugar al que de manera inconsciente había llegado en su triste paseo vespertino. Se trataba de la terminación de la calle *Vaugirard*, que daba al prado árido situado cerca del edificio de la orden religiosa de los Carmelitas Descalzos, sitio donde tiempo atrás se habían cruzado las espadas de los dos ausentes compañeros de Athos junto a la suya contra el acero de aquel jovencuelo recién llegado a la capital que no dudó en rebelarse, desafiante, contra tres veteranos miembros del cuerpo de la guardia real, Artagnan.

¿Quién había de decirles entonces que el mozuelo desvergonzado acabaría convirtiéndose en orgulloso teniente de los mosqueteros, cargo que hasta la fecha nadie de tan corta edad había logrado alcanzar?

La vida, sin lugar a dudas, era un ciclo evolutivo e imprevisible en sus giros y vaivenes para Athos, quien parecía resistirse a los cambios constantes provocados por el paso del tiempo en su entorno; guardando aun en la memoria aquellas viejas heridas de guerra que el campo de batalla y el desigual amor hacia una mujer dejaron grabadas sobre su corazón para no olvidarlas jamás.

Aquellas meditaciones y la melancolía que emanaba como una serpiente alrededor de su pálido rostro, se vieron cortadas de golpe por el sonido de unas palabras cortantes que provenían de una enorme figura oculta entre las sombras de los árboles de la explanada de los Carmelitas, acerada espada en mano, y con intenciones visiblemente retadoras.

-¡Poneos en guardia, asesino de mujeres! Ha llegado el momento de rendir cuentas con el diablo que sin duda guía vuestro traicionero brazo-habló Kane.

-¡Dios Bendito!- exclamó el mosquetero dando un paso hacia atrás, llevando su enguantada mano a la empuñadura de su espada, reaccionando como hombre de armas que era- ¿Sois un loco o un aparecido?-

-¡Soy la Espada del Señor de la Venganza y vengo a cobrar en su Nombre la justa retribución que le debéis por vuestro execrable crimen!- susurró sombríamente el puritano inglés, salvando la distancia que le separaba del mosquetero como un enlutado vengador.

-¿Crimen? ¡Ciertamente estáis loco!- respondió Athos adoptando una elegante guardia, parando a duras penas la primera estocada de Kane.

De esta manera comenzó el combate de poder contra poder entre aquellos dos personajes de parecidos movimientos en la lucha y destreza con el acero. El sonido de las espadas entrecuchando, el refulgir brillante de las hojas y el sonido de las respiraciones entrecortadas constituían el único testimonio de aquella lucha sin cuartel en la que difícilmente podía adivinarse un seguro vencedor. Athos demostraba una maestría en el arte de la esgrima que durante el principio del duelo consiguió que los ataques del inglés fueran infructuosos, pero poco a poco fue imponiéndose la dureza y resistencia de este, conseguida en las situaciones más difíciles y desesperadas de su azarosa existencia.

Pronto comenzaron a aparecer las primeras heridas sobre la carne y los hilos de sangre empezaron a teñir de rojo las parcas expresiones en los tensos semblantes de ambos adversarios. El cansancio iba provocando una notoria ralentización de los giros y fintas asestados por los dos espadachines; los cuales se adentraban, lentamente, movidos por el fragor del duelo, en el oscuro bosque, donde los árboles constituían los únicos testigos de tan magnífico encuentro entre espadas de igual destreza y gracia en su manejo.

En un ataque fulgurante, el misterioso atacante, ya con el rostro al descubierto como consecuencia de los movimientos derivados de la lucha, terminó asestando un duro golpe con el filo de su espada sobre uno de los hombros de su oponente, el cual cayó al suelo emitiendo un apagado grito de dolor, provocado por la herida que dicho tajo había abierto a la altura de su brazo derecho.

-¡Voto a Tal!-gruñó Athos, más molesto que vencido-
¡Precisamente habíais de herirme en el hombro recién curado, debido a una estocada traicionera de un guardia del Cardenal!-

Tumbado sobre la hierba húmeda, el mosquetero del Rey permaneció durante unos instantes murmurando en voz queda, aferrando con desesperación la herida que comenzaba a sangrar de manera preocupante. Este inesperado desenlace del duelo había variado el cometido inicial con el que Solomon Kane había acudido a aquel lugar, buscando una venganza que quizás comenzaba a llegar demasiado lejos a ojos del puritano. Justo en el momento en el que Kane se decidió a acercarse con interés por conocer el alcance de la herida de su oponente caído, Athos se derrumbó pesadamente sobre el suelo y allí permaneció completamente inmóvil mientras el respeto por la derrota de su oponente tomaba en el rostro del inglés una clara expresión de melancolía y no de triunfo.

Aparentemente, la misión de Solomon estaba casi completada, pues ya solo faltaba uno de los cuatro asesinos de Milady Winter por ser ejecutado en nombre de la justicia y la venganza. Pero la duda sobre la dignidad de sus actos, cada vez más acentuada en los pensamientos de Kane, parecía comenzar a abrir una zanja insondable entre el deber adquirido y los motivos que llevaron a aquellos tres luchadores aparentemente nobles en el combate a asesinar de modo tan vil a una mujer desprotegida. En el cinto de su cinturón, el misterioso fetiche africano que Kane había traído de sus viajes por el corazón de África emitía un leve brillo en silencioso asentimiento a las reflexiones vertidas en aquel momento por el puritano que no pudo por menos que estremecerse al tener la sensación de que no era sino un simple peón en una oscura intriga.



5. La Espada de Artagnan y la hora del Cardenal Richelieu.



Un gran alboroto se había armado en los alrededores del palacio real al conocerse el rumor que por las calles de París circulaba acerca de una posible muerte de los mosqueteros Athos, Porthos y Aramis. Esta circunstancia de unos compañeros de armas desaparecidos en extrañas circunstancias, incentivada además por el hecho de la gran amistad que a todos ellos les había hecho permanecer unidos desde su llegada a la capital hace ya algunos años, mantenía en constante desconcierto al recientemente ascendido teniente de los mosqueteros Artagnan de Bearn. Por todo ello, por lo desesperado de la situación actual para el cuerpo de guardia de su majestad y la tensión con que muy especialmente Artagnan y el capitán de los mosqueteros, Treville, estaban viviendo aquellos difíciles momentos de desconcierto, ambos permanecían al resguardo de la tempestuosa noche en una de las salas iluminadas de palacio, la cámara personal de Treville, con sus semblantes gascones contraídos por la incertidumbre y el nerviosismo acumulado a lo largo de las últimas horas.

Al otro lado de la gran cámara de audiencias del palacio real, sentado plácidamente en un cómodo sillón almohadillado y con sus fríos e insondables ojos perdidos en el firmamento de sus oscuros pensamientos, el Cardenal Richelieu velaba silenciosamente la escena de los dos oficiales en continuo movimiento y especulaciones de cuales podían haber sido las razones que habían podido llevar a la repentina desaparición de los tres mosqueteros de Su Majestad, manteniéndose su paradero

desconocido desde hacía un día y medio. Armand-Jean Du Plessis, Cardenal de Richelieu, era un hombre de mediana estatura, semblante altivo, ojos vivos, frente ancha y rostro enjuto que la perilla hacía parecer más alargado. Sus cabellos, bigote y perilla eran grises aunque un observador atento no hallaría en él ningún síntoma de debilidad o ancianidad, ya que todo en su porte ponía de manifiesto al monje guerrero, tal y como había demostrado con creces el año antes dirigiendo el asalto a la ciudad hugonote de La Rochela. Ahora, escuchaba con aparente desinterés, la conversación de los dos oficiales de mosqueteros.

-Por mucho que reflexione sobre la actual situación, capitán, no encuentro ningún motivo por el que Athos y los demás hubieran de marchar de París de forma impetuosa y sin decírselo a nadie de los que formamos su círculo privado. Como camaradas que somos, tengo serios motivos para preocuparme por el misterio de su paradero y sobre el estado en que puedan encontrarse en este momento -comentó el joven teniente de mosqueteros con una sombra de preocupación en su semblante enjuto y moreno, de pómulos salientes y ojos francos e inteligentes. Sus piernas de hierro y su muñeca de acero en los duelos le habían ganado la admiración de todos sus compañeros en la guardia del rey y el respeto de sus adversarios cardenalicios.

Treville no decía nada a las palabras vertidas por su apreciado subordinado. El silencio y la duda reinaban en su rostro, justo cuando las meditaciones y constantes pruebas de su conocida entereza se vieron de improviso cortadas por una violenta irrupción de aire frío en la sala. El viento parisino soplabla con especial fuerza en aquella noche y ello había provocado la inesperada apertura de una de las ventanas de palacio. Fue en el momento en que Artagnan se encaminaba a cerrar la fuente de aquella corriente de aire frío cuando una figura vestida completamente de negro, que hacía resaltar aún más la palidez de su rostro, irrumpió en la sala a través del hueco de la ventana abierta. Espada en mano y guiado por un gesto amenazador, el desconocido se acercó con pasos lentos hacia el lugar en que se encontraba Artagnan, mientras le conminaba con secas palabras.

- ¡Empuñad vuestra espada, mosquetero y preparaos a rendir cuentas al Todopoderoso por vuestro crimen, al igual que ya lo han hecho vuestros cómplices!-

Aún con la sorpresa dibujada en su joven rostro, Artagnan no dudó en desenvainar su espada de la funda al verse de improviso amenazado por aquel misterioso asaltante. De esta forma, habiendo adivinado antes de recibir la primera acometida del hombre de negro, la intención con la que aquel misterioso espadachín se había adentrado en los aposentos de Treville, el gascón esquivó con soltura las primeras estocadas y hábiles envites generadas por su contrincante al tiempo que le devolvía unos cuantos cintarazos mortales en pos de buscar la victoria ante un enemigo que tras su enigmática apariencia mostraba las maneras de un excelente espadachín y no menos loable contrincante en lo que a fuerza y reflejos se refería.

No tardó en llegar la guardia de palacio a la cámara en la que se estaba manteniendo la lucha, como respuesta a los gritos lanzados en señal de socorro por Treville, que espada en mano dudaba en ayudar a su fogoso paisano o proteger al cardenal. Y mientras todo esto transcurría, Richelieu continuaba sentado al fondo de la sala aguardando con una ligera sonrisa en los labios el prendimiento por parte de los guardias reales del misterioso espadachín.

Kane se batía con la fuerza y la ferocidad de un gran felino, moviéndose de un lado a otro con movimientos veloces y precisos, parando estocadas y esquivando las furiosas acometidas de los guardias armados con largas picas, a los cuales hacía retroceder con gritos de dolor cuando la hoja de su larga espada encontraba huecos donde herir con la fulgurante celeridad que mostraría una cobra al atacar. Hasta el mismo Artagnan, muy a su pesar, había tenido que ceder terreno en la primera línea de los que acosaban al puritano.

Por fin, arrollado materialmente por el número en aumento de sus adversarios, fue golpeado con dureza en varias partes de su cuerpo con los gruesos astiles de las picas y obligado a dejar caer su arma y el bastón de negra madera rematado con la cabeza en forma de gato sobre el suelo quedando de esta forma totalmente indefenso ante las amenazadoras lanzas de los soldados del Rey. Estos obligaron al magullado y sangrante asaltante a permanecer inmóvil contra uno de los muros de la estancia, ante la expectación en la mirada de todos los allí reunidos. Artagnan y Kane sostuvieron sus miradas durante unos instantes intensos y el mosquetero, a pesar de ser un hombre de probado valor, no pudo por menos que estremecerse al contemplar los fríos rasgos de Solomon, totalmente inmutables ante lo desesperado de su actual situación en aquel lugar.

El hasta entonces parco en movimientos y palabras Cardenal Richelieu se dirigió hacia Artagnan, quien todavía tenía el cuerpo visiblemente fatigado por la lucha mantenida. El Cardenal, sin prestar aparentemente curiosidad por el prisionero, comenzó a interesarse de forma inesperada por el estado de los rasguños y pequeños cortes sangrantes que el combate con Kane había dejado en las enmarañadas ropas y carne del mosquetero.

-Permitidme, valeroso teniente, acompañaros a vuestra cámara. Así como prontamente hacerle saber a los galenos de palacio el estado de esas heridas que a la altura de vuestro brazo y hombro no deja de producirme gran incertidumbre y desasosiego.- habló con una suavidad engañosa el hombre más poderoso de Francia.

-Me abrumáis, Monseñor, no son más que magulladuras y pequeños rasguños los que la lucha con este espadachín me ha dejado. Aunque bien es cierto que si el combate hubiera durado algo más, no puedo decir ciertamente si mi espada hubiera sido capaz de superar con entera seguridad a la de mi contrincante.-

-¿Insinuáis acaso que un teniente de los mosqueteros de su Majestad no se halla capacitado para acabar con la insolencia de este intruso, el cual sin duda llevaba como malévolas intenciones la de atentar contra la vida de nuestro Rey? ¿Es esta la protección que un oficial del cuerpo de la milicia real puede ofrecer al monarca de Francia?-

Treville, que hasta el momento no había intervenido en la conversación al considerar a su teniente lo suficientemente válido como para superar las burlas, envueltas en alabanzas, vertidas por el cardenal y sus desprecios dedicados a los mosqueteros, tema al que Richelieu no dudaba en referirse siempre que encontraba posibilidad para ello, no dudó en contestar finalmente en un tono de rabia contenida a las flemáticas y perversas palabras del cardenal.

-¡Permitidme, Monseñor, que os diga que los mosqueteros conforman el cuerpo de guardia más válido para mantener en todo momento a buen seguro la protección del rey! Y si acaso dudáis de mi afirmación lo más mínimo, siempre estáis en posición de poner a mis hombres a prueba, si es que lo consideráis necesario, sin otro motivo más que el de vuestro propio interés por conocer el estado actual y la auténtica valía de los mosqueteros. -

- Siento que mis palabras hayan podido ofenderos, pues os aseguro que no era esa no era mi intención, mi buen capitán de Treville y a vos también os agradezco la gentil defensa que habéis hecho de mi persona ante la intrusión de este loco. Tan solo estaba preguntándome cuál sería la protección que en un momento de inesperado peligro los mosqueteros pudieran ofrecer a su majestad, y si sería su respuesta la más adecuada para enfrentarse a dicha situación. Si creéis que en algo he podido ofender el orgullo de vuestros hombres, os pido que me perdonéis humildement.-

De esta hábil y estudiada manera, Richelieu había retomado por enésima vez el eterno debate sobre cual de las dos guardias parisinas era la más adecuada para encargarse de la seguridad personal del rey; si la de los orgullosos mosqueteros de Treville o por el contrario aquella que conformaban los altaneros hombres de la guardia personal del cardenal.

Treville permaneció en silencio después de las últimas palabras de Richelieu. Sin volver a referirse a la polémica allí despertada ordenó a la guardia de palacio llevar al silencioso intruso, que había permanecido muy atento al cruce dialéctico mantenido por los dos hombres, escrutando al tiempo el rostro del Cardenal con una sombra de duda en su gélida mirada, a las frías mazmorras de la Bastilla donde sería interrogado, en espera de una futura deliberación sobre cuales habían sido los motivos que en aquella noche le habían llevado a irrumpir con violentas maneras en palacio.

6. La Traición.

Poco después de aquellos acontecimientos vividos en el interior de las habitaciones, la figura de un hombre con el cuerpo cubierto por una gran capa de terciopelo negro surgió con apresurado andar por un pequeño y escondido portón de los muros exteriores de palacio, que daban a los silenciosos jardines y que se abrió con un apagado chirrido de sus enmohecidos goznes. Envuelto por las sombras de la noche parisina, dirigió sus pasos con gran cautela ante el riesgo de ser descubierto en aquel lugar, hasta la puerta de entrada a una de las residencias en que habitaban los mosqueteros del Rey destinados a la guardia nocturna. El hombre embozado golpeó de una manera ya estudiada la puerta, esperando obtener la respuesta deseada detrás de aquellos muros de piedra. No tardó en oírse procedente del interior de la residencia la voz de un hombre en contestación a la llamada del misterioso embozado, quien sacó del interior de su capa un sobre cerrado en el cual figuraban el nombre del Capitán de los Mosqueteros, Treville, y debajo de él aparecía la leyenda "*Declaración Jurada del caso Anna de Breuil*" escrita con tinta oscura. La puerta de la casa se abrió y de su interior apareció el brazo enguantado de un caballero, quien tomó de manos del hombre embozado el sobre, para volver a cerrar la entrada de la residencia de Mosqueteros dejando fuera al emisario de aquella carta remitida por el cuerpo de guardia real. Tras un breve tiempo de espera, volvió a abrirse la puerta de la casa y otra vez apareció la mano enguantada para devolver al embozado su carta y cerrar seguidamente la entrada de la residencia tras apalabrar con un gesto de asentimiento la conformidad de todo lo allí acontecido. De esta

forma el hombre de la capa aterciopelada guardó en el interior de esta el sobre, que poseía en su cabecera un distintivo que en su origen no había tenido: el sello de los Mosqueteros del Rey , dando carácter oficial a aquella carta de ignominioso contenido.

La escena terminó tal como había comenzado; con el hombre embozado caminando por las silenciosas calles de París y la oscuridad envolviéndolo todo en una mezcla de confusión e incertidumbre por lo futuro a acontecer.

7. Las Mazmorras de La Bastilla.



Ya instalado en aquel triste lugar que era la cárcel de La Bastilla, Solomon Kane estiró sus entumecidos huesos sobre la dureza de una cama situada al fondo de la celda que le había sido asignada tras su prendimiento en las habitaciones del palacio real. Envuelto por la corrompida esencia de aquel oscuro lugar, y terriblemente cansado por toda la tensión acumulada en su cuerpo durante los últimos días, Kane no tardó en caer profundamente dormido en un destartado jergón de sus ropas. Frente a él, separado por los gruesos y herrumbrosos barrotes de su celda, se encontraba también aquel fetiche de tierras africanas que Solomon llevaba en todo momento, como si de una segunda espada sujeta en su cinturón se tratase. Los carceleros que habían requisado las propiedades personales de Solomon, coincidiendo con su entrada en la Bastilla, tomaron en un principio con interés la presencia entre los objetos varios del inglés de aquella vara terminada en una cabeza de gato, especulando sobre cual podía ser el valor real de esta en los puntos de venta del mercado de París. Pero al comprobar que el material con el que había sido fabricado dicho artefacto distaba mucho de ser oro, plata o cualquier otro recurso valioso, además de sentir una desagradable y fría sensación al tocar el bastón, abandonaron con recelo aquel objeto, aparentemente vulgar, sobre el armero de hierro del cuerpo de guardia sin darle más importancia al asunto junto al resto de sus armas. Fue entonces, cuando la noche y el sueño atenazaban con su manto los fatigados miembros de Solomon y sólo se escuchaban los ronquidos del carcelero, que el puritano despertó de improviso como un lobo en tensión, observando como una tenue fosforescencia surgía del objeto africano, llenando con una extraña luz blanquecina la totalidad de la celda ocupada por Kane y envolviendo su cuerpo como un sudario.

En su mente, Solomon veía la imagen de sí mismo caminando por un largo camino envuelto de verde vegetación y que terminaba en la orilla de un pequeño arroyo en el cual varios hombres allí reunidos parecían debatir cual había de ser la suerte de uno de ellos. Pronto aparecía una imagen conocida por Kane; la del inquietante Cardenal Richelieu, el cual contemplaba la escena con expectación y sin omitir sonido alguno, para posteriormente romper su silencio en repelentes carcajadas que parecían provenir de otros mundos mucho más cercanos a las oscuras sombras del Hades que a este.

Entonces cesaron las ensoñaciones de Kane, el cual despertó totalmente, sobresaltado al escuchar un fuerte golpe metálico que le había atraído desde la otra punta de su celda. Acercándose hasta allí dispuesto a golpear con sus puños de hierro, Kane no se sorprendió demasiado al encontrar apoyado sobre los fríos barrotes de la celda, la conocida imagen del hombre embozado que dos días atrás le había convencido en aquella taberna de "*Le Petit Homme*" para emprender una venganza que hasta el momento solo le había llevado a dar con sus huesos en el fondo de la oscura Bastilla. En un ademán violento, Kane buscó tras los barrotes de su celda el cuello del misterioso hombre bajo el embozo que le cubría, consiguiendo retenerle entre sus fuertes manos, como un dogal irrompible. Más aunque el visitante nocturno emitió un ronco carraspeo de dolor, aparentemente, este distaba mucho de verse inquieto ante la violenta reacción que Solomon había tenido al encontrarse con él en los tristes subterráneos de las mazmorras parisinas. De hecho, las entrecortadas palabras del embozado sonaban más a amenaza que a ruego a pesar de la dureza del abrazo de Kane sobre su garganta, la cual pendía de la fragilidad de un hilo de romperse.

-Escuchadme... violento inglés.- tartamudeó con apuros- Habéis de... saber que la venganza que ambos habíamos dejado vista... para sentencia... aun no se ha cumplido en su totalidad. Estoy en ...disposición de devolveros vuestra libertad si acatáis mis... órdenes sin reservas, terminando la misión que hace dos días planeamos bajo el brillo de las antorchas... tabernarias o dejaros en manos del capitán de mosqueteros, que a buen seguro decidirá que sois un espía inglés... enviado para asesinar al rey, al cardenal o a el mismo-

-¡Sois el Diablo o alguien muy cercano a él!- gruñó el puritano, permaneciendo callado después, aunque en sus ojos podía leerse la frialdad de quien es víctima de un gran desconcierto sin poder dilucidar una salida que responda al mar de preguntas que se agolpaban en su ceñudo semblante. Mientras tanto, la presa asfixiante del inglés sobre el cuello del embozado había disminuido en su fuerza sensiblemente y esto fue aprovechado por el misterioso individuo para liberarse de las manos de Kane, permaneciendo con cautela a varios metros del límite de la celda, mientras se acariciaba suavemente el dolorido cuello. De esta forma, clavando sus brillantes ojos en la furiosa mirada de Solomon, el hombre embozado retomó de nuevo sus palabras sin más interrupciones por parte del inglés.

- Me satisface comprobar que estáis dispuesto a escuchar. De acuerdo, aunque de mis labios no vais a escuchar más de lo que ahora os voy a decir. Habéis de saber que nuestra particular venganza contra los culpables del asesinato de Milady de Winter ha dado un giro dramático en las últimas horas, debido a la reveladora carta que esta tarde he recibido de manos de uno mis emisarios destinados a las diferentes zonas del reino. En ella puede leerse la declaración detallada que un mosquetero, perteneciente al grupo de hombres que presenciaron la ejecución de la pobre dama, hace de dicho crimen, señalando al mismísimo rey de Francia como auténtica mano ejecutora y cabeza pensante en el asesinato de la tristemente recordada Ana de Breuil.

Solomon Kane no pudo resistirse a mirar con estupor la carta a la que el hombre del embozo hacía referencia, la cual fue lanzada por parte de este al suelo de la celda con intención de que el inglés la leyera. Y ocurrió que todo cuando aquel misterioso personaje había dicho en relación a los asesinos de Milady era real; así lo declaraba aquella carta encabezada por el inconfundible sello de los Mosqueteros, que certificaba la autenticidad del puño y letra que firmaba aquellas líneas. Silencioso y aparentemente convencido, Kane permaneció sentado sobre el suelo de sucia paja de la prisión sin más expresión en su rostro que el profundo desconcierto imperante en su mirada en aquellos momentos de desconcertante realidad. El misterioso hombre embozado no tardó en marchar de los calabozos de la Bastilla, después de haber lanzado a poca distancia de los barrotes de la celda de Kane las llaves pertenecientes a la mazmorra ocupada por este y susurrar que el puritano estaba atado por la promesa hecha a una muerta. Solomon tenía en aquel momento la libertad al alcance de su mano, pero un océano de dudas martilleaba sin piedad su cabeza sobre cual era la decisión que debía tomar. Si permanecía en la celda, conocía perfectamente cual era la suerte que aguardaba a todos aquellos que habían sido acusados de intento de asesinato en la persona de uno de los oficiales de la guardia real; la pena de muerte. Pero por algún motivo, el inglés era reticente a dejar aquellos muros y volver a adentrarse en la noche con intenciones desfavorables para la vida de un hombre al cual no conocía, aunque la vida de una mujer asesinada clamaba venganza en su espíritu. Justo antes de perderse entre las sombras de la prisión, el enigmático liberador de Solomon se despidió de este con unas palabras rotundas y amenazadoras.

-¡Recordad, esta noche el Rey de Francia debe morir o seréis vos quien muera en esta prisión!

8. La Verdad sobre el Hombre Embozado.

Después de decidirse a utilizar las llaves dejadas sobre el suelo de la prisión por el hombre embozado y comprobar que tanto los carceleros del cuerpo de guardia como los centinelas de las puertas exteriores habían sido drogados a tenor de las botellas de vino que había esparcidas por el suelo, Solomon Kane recuperó el bastón *ju-ju* y sus armas de encima del armero y encaminó sus pasos en dirección al palacio del soberano de Francia. Durante la brevedad de un segundo, Kane dudó sobre la veracidad de todo cuanto aquel extraño personaje cubierto de pies a cabeza le había dado a conocer desde su primera cita en aquella polvorienta taberna en el interior de las calles de París. Pero a pesar de todo, aquel momento de duda duró solo eso, un instante efímero tras el cual Kane retomó con determinación el camino hacia el lecho de aquel que ya había sido condenado por su mano acusadora en relación al asesinato de la indefensa Milady de Winter.

Un viento helado de madrugada acompañaba los pasos de Solomon Kane hasta su destino en el palacio de El Louvre. Después de fundirse en las sombras nocturnas, logrando esquivar las patrullas de guardias que hacían su ronda por los exteriores del palacio, Kane comenzó a trepar apoyándose en los prominentes adornos que, a trechos, escalonaban los muros de la mansión real gracias a la fuerza de sus nervudos brazos cuando no sirviéndose de las tupidas hiedras que como un verde manto culebreante, cubrían la gris piedra. Empapado en sudor por el tremendo esfuerzo físico que acababa de realizar, Solomon rompió con el codo el cristal esmerilado de una pequeña ventana que se alzaba a gran altura del suelo y tras girar el pestillo metálico, se franqueó el paso y penetró en el interior del castillo. Kane se encontró en un silencioso y largo pasillo que comenzó a recorrer en silencio como un felino que acechara a su presa en la profunda jungla. Aquella zona palaciega no parecía estar vigilada por la famosa guardia de mosqueteros y el inglés

dedujo que sin duda los pasillos interiores habían de llevarlo hasta la cámara principal, en la cual no costaba imaginar que en aquel momento se encontraría durmiendo ajeno a todas las intrigas despertadas a su alrededor el desprevenido monarca al que Kane estaba decidido a dar muerte en el transcurso de aquella noche.

Finalmente, y después de indagar y recorrer con prontitud y sigilo en sus silenciosos pasos todas las habitaciones situadas a ambos costados del oscuro pasillo, Solomon encontró una ancha e iluminada escalera que parecía ser sin lugar a dudas la entrada a la cámara personal en la que Luis XIII descansaba en aquellas altas horas de la noche. La experiencia de Solomon le indicaba que algo en la puesta de escena no encajaba, ya que la puerta de madera noble de teca oscura se hallaba sin vigilancia y una cosa era sobornar a unos carceleros en La Bastilla, se dijo a sí mismo, y otra muy diferente a la guardia real de mosqueteros. Más que nunca, Kane se sintió como la pieza prescindible de un intrigante juego y aunque había tenido la oportunidad de abandonar París tras su huida preparada de La Bastilla, el hombre embozado había acertado al decir que el nunca rompería una promesa sagrada. De manera que, adentrándose con sigilo en la habitación real y pudiendo contemplar claramente cómo se encontraba en una enorme cama engalanada de sedas el durmiente cuerpo del monarca, Solomon Kane desenvainó su espada con gesto sombrío. Alzando con lento ademán su bien afilada espada, parecía haber tomado ya definitivamente la sacra decisión que sin duda iba a producir grandes revuelos en la corte francesa, si finalmente se aventuraba a dar el paso definitivo en su particular venganza contra los asesinos de Milady de Winter. Pero un nuevo instante de reflexión y duda para con sus enfrentados pensamientos dio a luz un imprevisto rayo de esperanza para la vida del monarca francés. Kane comenzó a dudar seriamente sobre la verdad vertida por el misterioso hombre embozado a lo largo de las últimas horas en referencia al asesinato de la duquesa de Winter. De forma que ante la duda, cubierto el rostro por un sudor frío consecuente de su gran agitación actual, el inglés se decantó al fin a devolver su espada al cinto y marchar prontamente de aquel castillo sin que fuera advertida su presencia por la guardia. Sin duda el misterioso hombre embozado que había originado todo aquel plan, más parecido a un golpe de estado que no a un acto de justicia impelido por el alma de una mujer muerta, tenía mucho que explicar sobre cuales eran sus motivos reales en aquel asunto que progresivamente iba añadiendo interrogantes alrededor de la sombra de Milady de Winter.

Pero justo en aquel momento, cuando Kane se decidía a abrir la puerta de las habitaciones reales buscando su huida de aquel lugar, irrumpió en la cámara del monarca un nutrido grupo de hombres armados en lo que parecía, más que una simple ronda de guardias nocturnos, una auténtica emboscada para impedir una situación ya conocida con anterioridad.

El grupo de hombres uniformados con el distintivo cardenalicio en sus casacas, despertaron en su alboroto al durmiente Luis XIII, el cual no pudo más que asustarse ante la irrupción inesperada de aquellos caballeros en sus habitaciones. En un momento de frenesí y desespero, Solomon Kane consiguió abrirse camino a golpe de espada a través del compacto grupo de guardias de palacio. No tardaron los soldados en lanzarse a la captura de Kane, comenzando de esta forma una persecución por los pasillos; presididos estos por una larga fila de habitaciones que comenzaban a abrir sus puertas mostrando el rostro confundido de sus ocupantes ante aquel griterío despertado en altas horas de la noche. Solomon buscó el escondrijo de una de aquellas habitaciones que había permanecido con la puerta cerrada en todo momento, por lo que el inglés no se lo pensó dos veces y penetró en su interior; sin poderse percatar a tiempo de los silenciosos pasos que detrás suyo se habían situado justo para golpearle con gran violencia sobre la desprotegida cabeza.

A pesar de la dureza del golpe recibido, Kane no perdió del todo el sentido e instintivamente buscó la espada en su cinto para dar buena cuenta de su misterioso atacante. Al girar sus talones, el inglés quedó petrificado ante la impresionante visión de una extraña criatura del color del ébano, de forma aparentemente humana y desproporcionados miembros que irradiaban una primordial sensación de fuerza y destrucción, pero mucho más cercano a un demonio procedente de las huestes de Satanás que no a un auténtico hombre. Su abombada frente se hallaba rematada por dos retorcidos cuernos de cabra y su bestial rostro, en el que destacaban dos estrechos ojos de rojo refulgir, como las llamas del infierno que le habían visto nacer, mostraba unas terribles fauces de largos colmillos tan afilados como cuchillas. Dos coriáceas alas membranosas se plegaban sobre su contrahecha espalda. Kane podía adivinar sin dudar la procedencia claramente sobrenatural de aquel monstruo; y aunque en otras ocasiones el espadachín ya se había enfrentado con los hijos de Lucifer, no



pudo evitar un breve instante de indecisión que fue aprovechado por el demonio para levantar a pulso al inglés, tal como si de un pelele se tratara, lanzándolo con gran fuerza contra uno de los muros de la habitación, donde rebotó rodando por el suelo de la estancia al tiempo que perdía su espada. A pesar de sentir como todo su ser se estremecía de dolor y la sangre goteaba desde una profunda brecha abierta en su cuero cabelludo, Solomon se levantó tambaleante dispuesto a plantar cara al demonio, impelido por una fuerza que estaba más allá de toda cordura. El puritano, con una ardiente mirada en sus ojos, cerró su mano sobre el bastón que portaba al cinto y alzándolo sobre su cabeza, a modo de una pica, lo clavó profundamente entre las fauces del demonio que ya se cerraban sobre su garganta. Con un rugido inhumano, la criatura de los infiernos cayó al suelo tratando de arrancarse aquella improvisada estaca mortal, mientras giraba y se revolcaba locamente sobre sí mismo presa de una agonía más allá de cualquier entendimiento humano. Solomon vio como el cuerpo del negro demonio empezaba a deshacerse en medio de una hedionda humareda para desaparecer al fin, como si unas llamas invisibles le hubieran calcinado desde su interior. Por último, sólo quedó el bastón con cabeza de gato en el suelo de la habitación.

Kane, a punto de perder el conocimiento como consecuencia del fuerte golpe recibido y del cansancio de la titánica lucha sostenida, reparó en la entrada en escena otro personaje, en este caso ya conocido por el puritano, y que había permanecido oculto detrás de un grueso cortinaje al otro lado de la cámara en sombras. Se trataba del misterioso hombre encapuchado, quien se dirigió hacia Kane sin temer, aparentemente, un nuevo ataque por parte de este. Solomon, como impulsado por un resorte a pesar del dolor de su cuerpo, se lanzó violentamente sobre la capucha del hombre movido por un desesperado intento de conocer la identidad de aquel misterioso personaje. Con un brusco tirón, Kane se quedó en su mano con la parte superior del embozo, dejando al descubierto de esta manera el sonriente rostro del cardenal Richelieu bajo el disfraz de la capa oscura.

-¡Por Todo lo que es Sagrado! ¡Sois Vos!- exclamó airado el inglés

-¡Necio! Al haber perdonado la vida al rey, habéis condenado la vuestra.- le espetó con un terrible brillo de odio en los ojos el hombre que manejaba en las sombras los destinos de Francia- ¿Acaso no habíais llegado a imaginar, ni tan siquiera por unos instantes, quién estaba detrás de un plan tan brillantemente concebido? Y también he sido yo quien desde un principio ha estado engañándoos para alcanzar mis objetivos en la corte al tiempo que conseguía quedar fuera de toda duda mi honestidad y fidelidad al rey. La criatura que tan sorpresivamente, he de reconocerlo, habéis derrotado hace unos momentos, es la primera de un gran ejército de servidores surgidos del infierno, con cuya ayuda conseguiré alzarme hasta el trono de Francia. Merced a las negras artes de la hechicería que he ido cultivando en secreto durante los últimos años harán lo que yo les ordene. Debido a mi alta posición eclesiástica, he logrado reunir durante años una serie de libros prohibidos, como el maldecido *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alharez, que retiré de las muertas manos de un hereje hugonote tras la caída de La Rochela. Así he tenido acceso a conocimientos prohibidos. Y es que mis aspiraciones no se limitan a la banalidad de conseguir el favor del rey en beneficio de los hombres de mi guardia personal, sino que el destino que me ha sido asignado me señala como rey de este país y futuro emperador de Europa.-

Entonces Kane, sintiendo un gran vahído de debilidad debido a los esfuerzos que había mantenido desde que se viera involucrado en la locura del cardenal, cayó al suelo intentando recuperar con su mano diestra su espada y con la otra el bastón procedente de sus viajes por África. Este último llamó la atención del cardenal, el cual lo arrebató de la mano exangüe de su propietario, guardándolo en uno de los baúles de la habitación con gran interés por su parte hacia aquella singular lanza acabada en una cabeza de gato.

- Amigo mío, cuando os convoqué desde el pasado mediante un poderoso hechizo, ignoraba que vos también pudierais tener relación con el mundo de la magia, y estoy seguro que en mis manos este objeto será mucho más provechoso de lo que pudiera serlo en vuestra propiedad. Además, después de haberos sido destinada la suerte de los que intentan atentar contra la vida del rey, de poco os servirían vuestros fetiches cuando la férrea ley de la hoja de la guillotina acabe dictándoos su sentencia letal.

El cardenal, abandonando la habitación, ordenó a un grupo de hombres de su leal guardia que se mantenían en los pasillos cercanos de palacio para que se llevara al inconsciente cuerpo de Solomon Kane en dirección de nuevo a La Bastilla; donde por segunda vez, las oscuras celdas de dicha prisión volverían a hospedar al inglés, esta vez con las horas contadas sobre su vida.

9. El Sueño y la Realidad.

Una vez llevado en volandas por los brazos de sus carceleros, el cuerpo todavía inconsciente de Solomon Kane volvía a yacer desmadejado sobre el duro suelo de las celdas de La Bastilla. Mientras tanto, en

palacio los acontecimientos derivados de la irrupción de Kane en las habitaciones del rey parecían haber despertado los fuegos airados de cierta polémica ya comentada con anterioridad al respecto de cual debía ser el cuerpo de guardia encargado de la seguridad personal del monarca de Francia. En aquellos momentos, todavía envueltos por la incertidumbre y el desconcierto vividos en las últimas horas en palacio, Luis XIII no dudaba en mostrarse francamente enfadado y decepcionado hacia las atenciones que para su seguridad los mosqueteros parecían haber dejado de tener en aquella noche. Enjuto en su malévola sonrisa, Richelieu no dudó en recordar al monarca que aquellos que habían impedido el asesinato del Rey gracias a su espontánea irrupción en los aposentos de este, eran miembros de la guardia del cardenal y no mosqueteros como en un principio hubiera podido parecer. El rey, a quien la creciente insistencia del cardenal había acabado por agriar su carácter respecto a aquel enojoso asunto, que ya estaba en boca de toda la corte y el populacho de París, llamó en audiencia privada, aunque con la presencia del Cardenal, al capitán de Treville, recriminándole con severas palabras.

-Treville, estoy francamente decepcionado por el completo desorden y despropósito del cual los mosqueteros han hecho gala en esta noche, que bien podía haber terminado en trágica jornada si no hubiera sido por la bienaventurada intervención de la guardia del cardenal en mis habitaciones. Es por ello que he decidido tomar a prueba durante los próximos días a los hombres de Monseñor como mis protectores personales, destituyendo momentáneamente así al cuerpo de los mosqueteros de esta responsabilidad que, según cual sea el comportamiento de la guardia de Richelieu durante estos días de prueba, puede pasar de transitoria a definitiva, pues grande ha sido la decepción que vuestros hombres me han provocado.

El capitán de los mosqueteros, mortificado en grado sumo en su orgullo de gascón aunque disciplinado hasta más allá de lo que el deber le imponía, no tenía nada que decir al respecto de las duras palabras lanzadas por su rey, el cual se despidió de Richelieu y Treville en dirección a sus habitaciones con intención de retomar el sueño que de forma tan dramática le había sido robado en aquella noche. El Cardenal se despidió también del hasta hace poco máximo responsable de la seguridad del rey, y con claros gestos de triunfo en su caminar salió de esta manera de la habitación de Treville.

Al poco tiempo llegó Artagnan al encuentro de su capitán, y después de conocer las malas noticias que este le hizo saber al respecto de la nueva situación de los mosqueteros en palacio, el impetuoso teniente no dudó en hacer una apreciación a Treville referente a todo aquello que en tan negativa consecuencia para los intereses de sus compañeros había comenzado a gestarse, a juicio de Artagnan, a partir de la repentina desaparición de Athos, Porthos y Aramis vivida en los dos últimos días.

- Capitán, estoy totalmente seguro que todo esto está unido por los hilos de un plan maliciosamente ideado por la mente Richelieu, quien ha visto por fin cumplida su gran victoria sobre los mosqueteros con esta drástica decisión tomada por el rey. Además, creo no equivocarme si vos también consideráis posible la existencia de un traidor entre nuestras filas que, siempre actuando desde la sombra, ha sido el auténtico instrumento utilizado por el Cardenal en todo lo acontecido durante las últimas horas. Cabe señalar además que me encuentro en total seguridad de proclamar la inocencia del misterioso espadachín que cruzó esta noche su espada con la mía, situándole más bien como víctima del engaño maniobrado por una inteligencia diabólicamente embaucadora y perversa.-

Con estas palabras Artagnan abandonó la sala con la determinación clara de buscar entre sus filas la existencia de un traidor que, sin escrúpulos de ninguna clase, había vendido a sus compañeros a los deseos de desmesurado poder del cardenal Richelieu.

Mientras, en las catacumbas de la oscura prisión de La Bastilla, Solomon Kane continuaba habitando en el mundo de los sueños completamente ajeno a toda aquella tensión que progresivamente iba despertándose alrededor de las acciones en las cuales había intervenido a lo largo de los últimos días. Y mientras Solomon dormía sobre el duro camastro de aquella celda en el corazón de París, a mucha distancia, el bastón africano del inglés robado por el cardenal Richelieu comenzaba a emitir la misma luz blanquecina como hiciera horas atrás. Por algún motivo extraño, aquel fetiche proveniente de tierras africanas parecía comunicarse con los sueños de Kane y pronto toda la habitación de cardenal, quien en ese momento se encontraba fuera de palacio, se vio iluminada por el crudo resplandor de la vara terminada en cabeza de felino.

De esta forma, Kane volvía a retomar el sueño comenzado en aquella misma noche, recreando en su mente la familiar escena que, interrumpida, había aparecido en sus sueños dejando no pocas preguntas inconclusas tras de sí.

Otra vez aparecía la satisfecha imagen del cardenal Richelieu ante el espectáculo de un grupo de hombres deliberando algún tipo de asunto que sin duda había de condenar la vida de uno de ellos. Pronto surgió un elemento hasta entonces nuevo en las ensoñaciones de Kane. Se trataba de una mujer de rubia cabellera que, rodeada por el grupo de hombres allí reunidos, no cesaba en su empeño de atacar a estos con uñas y dientes por algún motivo ignorado. Su rostro, de una belleza inmensa, se difuminaba y se convertía por momentos en las retorcidas facciones de un demonio con retorcidos cuernos de cabra y punzantes colmillos en su boca. Solomon se percató además de la presencia de otra joven cercana al grupo de hombres y a la diablesa. Entonces la escena dio un giro dramático, al asestar de improviso una profunda cuchillada la demoníaca mujer a la joven cercana al ensimismado grupo de hombres, cayendo esta al suelo herida de muerte, con una mancha circular de sangre en su pecho que parecía condenarla definitivamente al olvido. Consumado este trágico suceso, el grupo de hombres se dirigió con implacable gesto en sus rostros hacia la diabólica asesina, la cual iba condenando a una suerte de estatuas de sal a todo aquel que, abrumado por sus encantos y sin par belleza, caía en la trampa de besar sus labios ofrecidos por ella con generosa maldad. Fue entonces cuando, en mitad del Pandemónium y la muerte que allí se habían dado cita, apareció la oscura figura de un voluminoso hombre enmascarado armado con una pesada hacha, cuyo largo y grueso mango descansaba sobre uno de sus hombros. La diablesa no tardó en adivinar cual iba a ser su suerte, y lanzando largos e hirientes gritos y maldiciones, terminó con la cabeza ensangrentada rodando por el suelo; adoptando esta a partir de ese momento la forma definitiva del demonio que hasta ese momento había habitado en su interior oculto tras la hermosa fachada de sus ojos azules y labios voluptuosos. En su cuerpo, a la altura del hombro derecho, se descubría entonces la forma de un tatuaje con la acusadora *Flor de Lis* que en Francia condenaba a todos aquellos seres viles que por la dureza sus crímenes habían sido condenados a muerte por la justicia del Rey.



Mientras esto sucedía en la mente de Solomon Kane, fuera de su celda todo parecía comenzar a tomar un cariz bien distinto, al cual el inglés había contribuido de forma importante sin proponérselo. Los mosqueteros vivían entre sus filas momentos de gran agitación, y su teniente, Artagnan de Bearn, se dirigía justo entonces por medio de un discurso a todos ellos buscando la oveja negra que había condenado al resto de orgullosos caballeros franceses. Desde la distancia de las habitaciones de Richelieu, el bastón africano continuaba lanzando ráfagas de luz blanca, mientras Kane se adentraba desde su celda de La Bastilla en el umbral de otro sueño de revelador significado.

En esta ocasión, los sueños de Kane descubrían la conocida imagen de tres caballeros vestidos de azul que irrumpían de improviso en la plácida estancia habitada por un hombre embozado, el cual iba acompañado de otro hombre con el rostro igualmente oculto detrás una máscara. Tras una dura lucha llevada a cabo entre los cinco combatientes, finalmente el hombre del antifaz en su rostro terminaba rindiéndose ante la ferocidad de sus contrincantes. Pero cual sería la estupefacción de estos al ver cómo el primero de los hombres embozados terminaba retirándose de aquella escena con completa seguridad para su persona y sin temer ser prendido en su fuga.

Justo entonces un golpe de metal despertó a Solomon de su profundo sueño, disipándose y apagándose al mismo tiempo en otro lugar la densa luz proyectada por el bastón africano. Situados en la puerta de su celda permanecían erguidos cuatro hombres vestidos con la casaca azul de los mosqueteros con una amplia sonrisa sobre sus rostros. Estos caballeros no le resultaron en absolutos desconocidos al sorprendido inglés. Se trataba de aquellos tres mosqueteros, Athos, Porthos y Aramis, a los cuales Kane creía haber dado muerte en un acto que el inglés ya declaraba como totalmente desgraciado por su parte. También iba con ellos el joven teniente de aquel cuerpo de la guardia francesa con el que Solomon había mantenido un duro enfrentamiento al comienzo de la noche, el cual comenzó a hablar con una mezcla de cansancio por todo lo vivido y regocijo complaciente al expectante inglés.

-Me alegra el poder encontraros ya despierto, caballero, pues muchas son las explicaciones y noticias que he de daros a conocer y para lo cual os necesito perfectamente despejado. Finalmente, se ha descubierto la identidad del mosquetero traidor que desde la sombra ha estado llevando a cabo todo el plan perfectamente estudiado que debía desembocar en el cese de las responsabilidades de protección del rey de los mosqueteros

a favor de los hombres de la guardia personal del Cardenal Richelieu. Dicho personaje había pactado con la cabeza pensante de este traicionero plan su posterior incorporación al cuerpo de guardias de Richelieu, asumiendo además la oficialidad, un cargo de mando en el mismo. Por fortuna Luis XIII ha devuelto la competencia de la seguridad de palacio a los mosqueteros después de darse a conocer la maliciosa trama que en un intento por desvirtuar a nuestro cuerpo se ha dado en los últimos días. De alguna manera, os habéis visto envuelto en mitad de una oleada de pasión y traiciones de las cuales temo no errar si creo en vuestra inocencia a este respecto, así como el completo desconocimiento de causa sobre el cual parecíais estar obrando siempre bajo el engaño de otro-

- No os equivocáis en absoluto, teniente- contestó Solomon Kane mientras se pasaba una mano sobre la costra de sangre, ya reseca, de su frente.- Aunque no dejo de sentir un profundo dolor por todo cuanto, ciego y sordo a la autentica verdad, he provocado y desposeído en los últimos dos días. Si bien debo decir que, y creo que no me engañan los ojos, la muerte que creí haber dado a estos caballeros que os acompañan afortunadamente parece no haber resultado totalmente cierta tal y como la di por hecha en un principio-

Athos tomó la palabra, envuelto como siempre en su semblante pálido y desgarrada voz.

-Estáis en lo cierto, pues en mi caso no se trató más que de una pérdida temporal de conciencia provocada por el dolor que este maldito hombro me viene produciendo durante las últimas fechas siempre que me veo obligado a intervenir en un combate.

-En mi caso se trataba también de un ocasional desmayo. - señaló Aramis retomando las palabras lanzadas por su compañero. Y es que amigos míos, parece ser que estoy condenado a dejar este rudo oficio de la caballería para dedicarme al fin a menesteres más reposados para mi espíritu anhelante del estudio y no de la batalla.

-Y yo solo puedo decir que vos me subestimasteis, mi bravo inglés, pues es largo conocida mi fama de excelente nadador en todo París. Por todo ello, ¿acaso me iba a dejar llevar ignominiosamente por la corriente del Sena? No, amigo mío, no es este el fin que el destino ha fijado para el caballero Porthos en el final de sus aventuras en la tierra de los vivos.

-Entonces,-argumentó Solomon bastante más tranquilo que antes de empezar la conversación con los cuatro espadachines- ¿ a qué se debe que no dierais señales de vida hasta ahora en que-recordando por un momento las formas vislumbradas en sus sueños de aquella noche- vuestra intervención parece haber resultado determinante para el definitivo esclarecimiento de todas las intrigas despertadas en torno a palacio?-

-Simplemente se trataba de un gesto estratégico por nuestra parte, en el cual decidimos no darnos a conocer hasta que hubiéramos descubierto la identidad del mosquetero traidor; al cual se encargó de desenmascarar Artagnan después de haber encontrado en sus bolsillos una copia de la carta que dicho personaje se encargó de firmar con el sello de los mosqueteros, entregando de esta forma la oficialidad de nuestro capitán de Treville a manos del artífice de todo este malévolo plan.

-El nombre del traidor concluyó en las explicaciones dadas al respecto Artagnan- no podemos hacerlo público, ya que entonces se despertaría un gran revuelo en las calles de la ciudad dada la fama y buen nombre que este caballero había conseguido labrar hasta la fecha. Pero lo cierto es que todos los aquí reunidos sabemos que, detrás de este mosquetero traidor, existe alguien muy poderoso y que ha sido en todo momento el auténtico cerebro de la trama.-

- Y ese hombre es el cardenal Richelieu, como bien sabéis- apostilló Kane- Aunque sospecho que no está en vuestras manos el poder llevarle hasta la justicia. Y aunque mi alma clama venganza contra él, un poder que no comprendo me impide, esta vez sí, aplicar la justicia de Nuestro Señor contra un servidor de los infiernos. Esa misión ha de quedar en vuestras manos, caballeros.-

Los cuatro mosqueteros asintieron en silencio aquellas reveladoras palabras, enfurecidos en su mirar por la impotencia que parecía condenarles a no poder inculpar al ideólogo de la traición al Rey debido a su privilegiada situación en la corte. Entonces Solomon Kane comprendió al fin toda una serie de incógnitas que hasta la fecha le habían mantenido apartado de la auténtica verdad de todo lo vivido; la carta firmada por el mosquetero traidor al cuerpo, la importancia del hombre embozado en todo aquel asunto y la posición de privilegio que hacía del Cardenal Richelieu alguien imposible de ser acusado como cabeza pensante de aquella trama. Jamás el testimonio de un inglés sobre la verdad de todo este asunto, dada además la mala fama con la que sus compatriotas contaban dentro de las fronteras francesas desde los últimos conflictos diplomáticos y bélicos vividos entre las cortes inglesa y francesa, sería tomado en consideración por los tribunales de Francia. Tan sólo quedaba algo por determinar; Kane necesitaba certificar en boca de alguien que se hubiera visto involucrado en el asunto la verdad que en los extraños sueños vividos en aquella noche parecía haberle sido revelada en cierta forma sobre quien había sido realmente Milady de Winter y las razones que envolvían a los motivos de su muerte.

- Aún existe algo que quisiera conocer en honor a la verdad. Se trata de una mujer llamada Anna de Breuil de la cual quisiera saber si la muerte que por vuestra mano le fue dada había sido justificada por una razón de justicia real o no.

Entonces, una inmensa melancolía abarcó totalmente el rostro del caballero Athos, el cual con un imperativo “sí” que Solomon Kane creyó sin dudas y al que no tenía nada más que añadir en relación a la muerte de la diablesa conocida como Anna de Breuil, duquesa de Winter.

Y así fue como Solomon Kane abandonó finalmente París, tras haber dejado tras él una larga sombra de violencia que había acabado forjando nobles lazos de amistad entre este y los cuatro caballeros infatigables protectores de la tranquilidad en la corte francesa. Poco antes de dejar la ciudad, llegó al encuentro del inglés uno de los cadetes, aspirante a mosquetero, enviado por Artagnan que llevaba en su mano algo que le era bien conocido a Solomon. Se trataba de su bastón africano, al cual Kane se había sentido extrañamente unido en los reveladores sueños vividos la noche anterior.

- El teniente Artagnan os presenta sus respetos y me envía para entregaros este objeto que ha sido encontrado tirado sobre el suelo de una de las habitaciones de palacio y que mi teniente ha querido insistir en hacéroslo llegar al estar seguro que es de vuestra propiedad -

- Es cierto, seguramente lo reconoció por haberlo visto sujeto a mi cinto durante el duelo que ambos mantuvimos en la cámara del capitán de Treville, en palacio. Dadle las gracias a vuestro oficial por esto y también por haber intercedido ante el rey para que me fuera devuelta la libertad -

De esta forma, de nuevo acompañado por aquel extraño fetiche de tierras africanas, Kane abandonó definitivamente París sin cabalgar en montura alguna, ya que una silenciosa llamada resonando en su interior le susurraba para que retomase un camino largo tiempo interrumpido en el pasado.

Tiempo después, cuando Artagnan le preguntó al cadete por la conversación mantenida con el enlutado puritano, el joven aspirante juró por su honor que creyó ver como la figura del alto espadachín, envuelto en una pálida luminosidad que parecía emanar del extraño bastón que portaba en su cinto, se difuminaba y desaparecía fundiéndose con los últimos rayos del sol del atardecer, como si nunca hubiera existido.

NOTAS. Por Eugenio Fraile

(1)- *El Hombre Pequeño*. En el francés original.

(2)- *Señor*. En el francés original.

(3)- Solomon Kane se refiere a las luchas que enfrentaron, en los siglos XVI y XVII, a los hugonotes franceses de creencias religiosas afines al protestantismo apoyados por los rebeldes flamencos de Flandes y la reina Isabel I de Inglaterra, y al Liga de Católicos Franceses, ayudados por el emperador español Felipe II. Los conflictos entre ambos grupos confesionales durarán desde 1562 a 1629, siendo el suceso más trágico la Noche de San Bartolomé, en el año 1572, en la cual tiene lugar la matanza de herejes calvinistas.

Muerto el rey de Francia, Enrique III, Enrique IV de Borbón (1589-1598) emprendió las operaciones para instalarse en el trono; para evitarlo, el rey español envió tropas a París, al mando de Alejandro Farnesio, y propuso como reina de Francia a su propia hija, la princesa Isabel Clara.

Enrique de Borbón, temiendo que Felipe II se hiciera con el trono de Francia y ante los continuos descalabros que sufrían sus ejércitos a manos de los Tercios españoles, acabó por convertirse al catolicismo en el año 1593 y la firma del tratado de Vervins en 1598, puso fin a las disensiones entre las dos naciones.

(4)- Ver *“Las Colinas de los Muertos”*. **“Las Aventuras de Solomon Kane”**. R.E. Howard. Colección **Ultima Thule**. Editorial Anaya.

(5)- Lapso de tiempo transcurrido entre la aventura narrada en *“Las Colinas de los Muertos”* y *“Hawk de Basti”*.

(6)- El 2 de septiembre de 1628, el Duque de Buckingham fue asesinado por Felton, un oficial de creencias puritanas, alegando que el duque había abandonado y traicionado la causa protestante por su retirada de La Rochele.

(7)- La Rochela era la plaza fuerte y capital de los rebeldes hugonotes en Francia. El 27 de junio de 1627, el Duque de Buckingham partió del puerto de Portsmouth con una flota de un centenar de navíos para apoyar a La Rochela y desde allí, comenzar la invasión de Francia, incitando la guerra civil que pretendía iniciar el Partido Protestante hugonote contra el rey Luis XIII. La inteligencia de Richelieu y su determinación hicieron fracasar la invasión inglesa y conquistó la “ciudad santa” protestante el 28 de octubre de 1628.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA.



-“La Senda de Solomon Kane: Un Biografía Informal”. Artículo por Fred Blosser.

-“Los Tres Mosqueteros”. Alejandro Dumas. Editorial Ramón Sopena. Barcelona 1965.

-“Richelieu”. Auguste Bailly. Editorial Espasa-Calpe. S. A. Colección Austral. Madrid 1969.

-“Flandes contra Felipe II”. J.Alcala-Zamora, G.Parker, M.Fernandez y A. Domínguez Ortíz. Cuadernos de Historia 16 N° 5. Madrid 1985.



